

recoger sus libros, sus papeles, todas las menudencias que le pertenecían, empaquetándolos para llevárselos á su casa. En cuanto á la vuelta no le inquietaba á Pablo : la idea de volver se le había ocurrido al pensar en su hermana ; fuera de esto no ocupaba su mente. Al contrario, su gran deseo, el propósito de todas sus idas y venidas por la casa, no era otro que marcharse lo más pronto posible. ¡ Cuántas cosas ocupaban su imaginación aquel día !

Á escondidas iba á mirar las habitaciones, por los pisos, para ver cómo iban á quedar, solitarias, cuando él se hubiera ido ; y pensaba cuántos días, semanas, meses, años, continuarían silenciosas y graves. Pensaba si otro niño ( raro, como él ) vendría por allí y vería cómo él miraba aquellas grotescas figuras de papel, de los muebles y alfombras ; si alguien le hablaría de Pablito Dombey que antes había vivido allí, allí mismo.

También pensaba en un cuadro, un retrato, que estaba puesto en la escalera, que siempre le seguía con la vista, mirándole por encima del hombro, y que si alguna vez pasaba con algún compañero desdeñaba á éste y á él únicamente miraba. En este retrato pensaba y en otro cuadro, en otro sitio puesto, en cuyo centro había un grupo y en medio de éste una figura, la cabeza rodeada de un nimbo luminoso, y que, benigna, indulgente, misericordiosa, puesta de pie, señalaba con la mano al cielo.

Pero en la ventana de su cuarto era donde principalmente se agolpaban sus pensamientos, sucediéndose unos á otros como las olas que se precipitan y se empujan. Asomado á la ventana pensaba dónde vivirían aquellas aves que se ciernen sobre la mar durante las tormentas ; de dónde vendrían las nubes

y dónde empezarian ; dónde comenzaría el viento su rápida carrera y en dónde pararía ; si el sitio donde Florencia y él habían ido tantas veces, donde se habían sentado para hablar de todas aquellas cosas, continuaría siempre como estaba, aunque ni él ni su hermana volvieran ó aunque volviera solamente Florencia, para sentarse sola.

Pensaba también en mister Toots, en mister Feeder, bachiller en letras ; en todos los compañeros, en el doctor Blimber, en su señora y en su hija ; en su propia casa y en miss Tox, en su padre, « Dombey é hijo », en Wálter y en su pobre tío, que había tenido el dinero tan necesitado ; en el capitán de voz ronca y de mano de hierro. Además de esta ocupación de pensar, tenía la de una porción de visitas de despedida, que debía hacer en aquel día. Iba á la Sala de clase ; de la clase, al despacho del doctor Blimber ; al gabinete particular de mistress Blimber ; al de miss Blimber ; no se olvidó ni siquiera del perro. Porque tenía libertad para andar por toda la casa y arreglarse como quisiera ; y como deseaba quedar bien con todos, atendía á ello lo mejor que le parecía. Algunas veces encontraba en los libros pasajes para Briggs, que los perdía todos ; otras buscaba en los diccionarios palabras para los compañeros que se veían apurados ; otras tenía la madeja de seda para que devanase mistress Blimber ; otras ponía en orden los libros y papeles de miss Blimber ; otras, en fin, pasando al despacho del doctor y sentado, junto á sus doctas piernas, en la alfombra, daba suavemente vueltas á la esfera terráquea, viajando en derredor del mundo, ó á la esfera armilar, volando por los espacios estrellados.

En suma, durante aquellos días que

las vacaciones, mientras que todos los demás alumnos trabajaban, hasta morir, en el resumen general del año, Pablo fué un alumno privilegiado, como no se había visto nunca en la casa. Él mismo no podía creerlo; y sin embargo era cierto que su libertad duraba de hora en hora y de día en día, y que el pequeño Dombey recibía las caricias de todos. Tanto era el cuidado que el doctor Blimber se tomaba por él, que llegó á castigar un día á Johnson, mandándole que se levantara de la mesa, sólo porque había llamado á Pablo « el pobrecito Dombey ». Pablo juzgó que el doctor había estado muy severo, por más que aquellas palabras le habían sonrojado, no comprendiendo por qué inspiraba lástima á Johnson. Tampoco le parecía á Pablo que había sido justo el doctor en esta circunstancia, pues tenía la seguridad de que el mismo doctor había confirmado, con todo el peso de su autoridad, el parecer de mistress Blimber, la cual la noche anterior había dicho « este pobrecito Dombey está cada día más desmedrado ». Y la verdad era que Pablo se daba cuenta de ponerse cada vez más flaco, de cansarse por la menor cosa, de hallarse siempre pronto á echarse en cualquier sitio para reposarse; esta era la explicación de aquellas palabras: no se le ocultaba que cada vez iba estando más seco y decaído, que por la más pequeña cosa se cansaba y el más insignificante esfuerzo le obligaba al descanso.

Por fin llegó el día de la fiesta. Al concluir de almorzar, dijo el doctor:

— Señores: reanudaremos los estudios el veinte y cinco del mes próximo.

Apenas pronunció el doctor estas palabras, cuando Toots, emancipado ya, sacó su sortija y se la puso.

Á los pocos instantes, teniendo que nombrar al doctor, dijo sencillamente: « Blimber ». Aquel alarde de independencia llenó de admiración á los alumnos más antiguos; en cuanto á los más nuevos quedaron enteramente asustados y les pareció maravilla que no se hubiera venido abajo el techo para aplastar al temerario.

Nadie hizo la menor alusión á la fiesta que iba á tener lugar por la noche. Sin embargo, toda la casa estaba en movimiento, y Pablo, yendo de una parte á otra, hizo conocimiento con varios bancos y candelabros extraños, y hasta encontró un arpa cubierta con una funda verde, que estaba fuera del salón, esperando á su puerta. En la mesa, á la hora de comer, notó que mistress Blimber tenía un peinado desacostumbrado, como si todo el pelo se le hubiese apretado en un estuche, en lo más alto de la cabeza. En cuanto á miss Blimber también estaba muy peinada, con dos graciosas trenzas postizas que le bajaban por las mejillas y las contornaban; sólo que por debajo se le veía su propio cabello en mechones envueltos en papeletos, en pedazos de un anuncio de teatro, pues por encima de un cristal de las lucientes gafas leyó Pablo *Teatro Real* y por encima del otro *Brighton*.

Hubo gran despliegue de chalecos blancos y de corbatas en los cuartos de los alumnos al acercarse la noche; por toda la casa se repartió un olor tan fuerte á chamusquina, que el doctor Blimber mandó recado para saber qué ocurría y si es que había fuego. No era más sino que el peluquero había calentado demasiado las tenacillas para rizar el pelo de aquellos jóvenes elegantes.

Cuando Pablo estuvo vestido — lo que no fué muy largo, porque no se sentía bueno y tenía pocos ánimos—

para permanecer de pie, — bajó al salón. Allí estaba el doctor Blimber, paseándose de arriba abajo de gran etiqueta, pero siempre con su aspecto de dignidad é indiferencia, con la misma tranquilidad que si sólo esperase la visita de dos ó tres personas. Un momento después entró en la sala mistress Blimber, lindamente vestida, según le pareció á Pablo. Tenía tantos volantes que, dar una vuelta en derredor de ella, era casi hacer una excursión. Mistress Blimber se presentó un momento después que su madre; demasiado ajustada, á lo que parecía, pero encantadora.

Los primeros en llegar fueron Toots y Feeder. Estos señores traían el sombrero en la mano, como si vinieran de otra casa; y cuando el criado los anunció el doctor Blimber salió á recibirlos exclamando:

— ¡Ah, ah! ¡Tanto bueno por aquí!... ¡Cuánto me alegro!

Toots estaba hecho un gran señor, luciendo joyas y preciosos botones, tan identificado con aquellas circunstancias, que después de haber dado la mano al doctor, á su señora y á su hija, se apartó del grupo, y conversando con Pablo aparte le dijo: « ¿Eh? ¿qué tal? ¿Qué te parece todo eso? »

Pero, á pesar de aquel aplomo y de la confianza en sí mismo, estaba Toots en la mayor incertidumbre respecto al interesante punto de saber si abrocharía ó no el último botón del chaleco. Bien mirado, había, además, otra dificultad, á saber: si deberían verse más ó menos los puños de la camisa. Á Feeder se le veían mucho. Entonces Toots estiró los suyos. Pero al primer invitado que entró luego no se le notaban apenas. Entonces Toots estiró la manga del frac. En cuanto á los chalecos, tal era la diferencia en la manera de abrocharse, en los que iban entrando, los

unos con un botón arriba suelto, los otros con un botón abajo, los otros en medio, que Toots no sabiendo á qué atenerse, y cansado de abrocharse y desabrocharse, acabó por desistir de tan fatigoso ejercicio.

Todos los jóvenes estaban bien tiesos, la corbata apretada, buen calzado y el sombrero en la mano. Á esto llegó el maestro de baile, Mr. Baps, acompañado de su señora; mistress Blimber los recibió con mucha amabilidad y condescendencia señalada. Era Mr. Baps un personaje serio, que hablaba despacio y con mesura; á los cinco minutos de estar en el salón trabó conversación con Toots (quien ya había tenido tiempo de comparar sus botas de charol con las del maestro), preguntándole cuál era su opinión respecto á lo que procedería hacer si en cambio del oro llegasen á los puertos simplemente materias brutas. Á lo que Toots no supo bien qué contestar y únicamente acertó á decir que las liquidaría. Pero Mr. Baps no pareció muy satisfecho de la réplica.

Pablo, que estaba sentado en un almohadón, en una punta del sofá, se dejó escurrir hasta el suelo, y abandonando su observatorio bajó al cuarto donde había de servirse más tarde el te. Desde este cuarto podía ver llegar á su hermana. No la había visto desde hacía quince días, pues no le habían dejado salir ni el sábado ni el domingo, por temor á que se resfriara. Justo en aquel instante llegaba Florencia, lindamente vestida con un sencillo traje de baile y un ramito de flores en la mano. Cuando se inclinó para poder abrazar á Pablo, besándole con efusión (no había en aquella habitación nadie más que la criada de la casa y una asistente para ayudarla en el servicio), estaba tan hermosa Florencia, que no podía separar su hermano

la vista de aquellos ojos que le miraban con ternura infinita.

— ¿Qué te pasa, Flora? — preguntó Pablo casi seguro de que á su hermana se le había escapado una lágrima.

— Nada, hijito, nada; — contestó inmediatamente Florencia.

Pablo tocó suavemente con un dedo la mejilla de su hermana... ¡Sí, sí, era una lágrima!

— ¿Por qué? — preguntó Pablo.

— Hemos de irnos juntos á casa; yo te cuidaré — dijo Florencia.

— ¡Me cuidarás! — exclamó Pablo.

¿Qué significaba esto? — se preguntaba Pablo. — ¿Por qué las dos criadas estaban allí, graves y serias? ¿Por qué volvió Florencia su rostro un instante y tornó después á mirarle sonriente?

— Flora; — dijo Pablo cogiéndola con su manita un rizo, — dime, ¿tú también crees que tengo algo de raro?

Su hermana se rió, le acarició y le dijo que no; que no había nada de eso.

— Ya sé yo que lo dicen; — añadió Pablo, — y yo quisiera saber por qué.

En aquel instante sonó un aldabonazo en la puerta de la calle. La conversación quedó interrumpida; Florencia se apartó al otro lado de la mesa. Pablo vió que la criada iba hacia su hermana como á consolarla; pero las personas que entraban llamaron su atención distrayéndole de aquella idea.

Eran sir Barnet Skettles, lady Skettles y su hijo *master* Skettles. *Master* Skettles debía entrar en el colegio pasadas aquellas vacaciones; pero ya le había precedido la fama de su padre; ya se había hablado

de la reputación de éste como diputado en la Cámara de los Comunes. Feeder había dicho que si sir Skettles llegaba á pronunciar un discurso (ya llevaba cuatro años en la Cámara y no lo había pronunciado nunca), podía asegurarse que sus adversarios, los radicales, estarían perdidos.

— ¿Qué cuarto es este? — preguntó lady Skettles á la criada.

— Es el despacho del doctor, señora; — contestó la criada.

Lady Skettles miró con su « impertinente », y haciendo con la cabeza una señal de aprobación, dijo á su marido :

— Está bien.

Sir Barnet asintió; pero *master* Skettles se manifestó menos satisfecho.

— Y este niño; — dijo lady Skettles refiriéndose á Pablo; — es uno de los...

— ... De los señoritos, sí, señora; — repuso la criada.

— ¿Cómo se llama usted, palidito? — dijo aquella señora.

— Pablo Dombey; — contestó Pablo.

Sir Barnet Skettles se interpuso en seguida, diciendo que ya había tenido el honor de conocer al padre de aquel niño en un banquete, y que esperaba estuviera bueno el señor Dombey. Y dirigiéndose á su mujer, le dijo :

— De la City; hombre rico, muy respetable; el doctor me ha hablado.

Luego, dirigiéndose á Pablo, añadió :

— Hágame usted el honor, le ruego, de decir á su señor padre que sir Barnet Skettles tiene mucho gusto

en saber que está bien y que le presenta sus atentos saludos.

— Sí, señor; muchas gracias; — contestó Pablo.

— Aquí tiene usted un buen muchacho; — prosiguió sir Barnet.

Se refería á su hijo, el cual por anticipado se estaba vengando de los estudios á expensas de un pastel, *plum-cake*.

— He aquí un caballerito; — dijo sir Barnet á su hijo, acercándole á Pablo — de quien puedes hacerte amigo.

Y diciendo *puedes*, acentuó bien el permiso que para ello le daba.

— ¡ Qué ojos, qué cabellera, qué cara más bonita! — dijo lady Skettles en voz baja mirando con aire impertinente á Florencia.

— Mi hermana; — dijo Pablo presentándola.

Entonces la satisfacción de los Skettles fué completa. Y como lady Skettles, desde el primer momento había tomado cariño á Pablo, le dió la mano para subir al salón con él; sir Barnet Skettles se encargó de Florencia y el joven Barnet subió detrás.

No estuvo mucho tiempo este joven. Luego que se encontraron en el salón, sin saber qué hacer entre las sillas, inmediatamente se incautó de él el doctor Blimber, haciéndole bailar con Florencia. No le pareció á Pablo que este joven estuviera tan contento por esto como debiera estarlo; más bien le pareció indiferente y aun contrariado; pero como oyó decir á lady Skettles, dirigiéndose á mistress Blimber, y al mismo tiempo que llevaba el compás de la música con su abanico, que su hijo estaba evidentemente enamorado de aquella preciosa criatura, la señorita Dombey, pensó que Skettles hijo se encontraría en

estado de bienaventuranza y querría disimularlo.

Pablito quedó muy sorprendido al ver que nadie le había quitado el sitio en el sofá; al contrario, todos le abrían paso para que llegase á su almohadón. Más aún; como observaron que le complacía ver bailar á su hermana, le dejaron libre todo el espacio necesario para que viera bien y sin molestarle. Por último, todos, hasta las personas extrañas á la casa, que pronto fueron muchas, se iban acercando á él, de cuando en cuando, para preguntarle si se encontraba bien, si no se cansaba, si no le dolía la cabeza. Mucho agradecía Pablo estas atenciones, y recostado en su rincón del sofá, mistress Blimber y lady Skettles sentadas también en el sofá, dejando sitio para que Florencia se sentara en los intervalos del baile, parecía sumamente contento.

Florencia hubiera deseado estar allí sentada sin bailar; pero su hermano era quien le instaba á que bailase, porque le gustada mucho verla, y decía verdad; pues bien se revelaba su júbilo cuando escuchaba los elogios que merecía su hermana y lo que decían de ella considerándola como el más hermoso capullo entre las rosas de aquella reunión.

Desde el almohadón que le servía de nido, veía Pablo cuanto pasaba, como si todo aquello se hiciera exclusivamente para distraerle. Entre otros incidentes pequeños, observó Pablo que Mr. Baps estaba en gran conversación con sir Barnet Skettles y le hacía la misma pregunta que antes hizo á Toots; cuál era su opinión respecto á lo que procedería hacer si en cambio del oro llegasen á los puertos simplemente materias brutas. Gran misterio era este para Pablo; así procuró escuchar para saber qué se haría, en efecto, en el caso propuesto por el maestro de baile.

Sir Barnet Skettles tenía mucho que decir sobre la materia, y lo dijo. Pero la cuestión no quedó suficientemente resuelta, en concepto de Mr. Baps, quien insistió diciendo :

— Bueno; pero suponga usted que Rusia llega á intervenir con sus sebos.

La hipótesis dejó á sir Barnet algo perplejo; así movió la cabeza y contestó :

— En este caso, comprende usted, no habría más que caer sobre los algodones.

Mr. Baps dejó allí la conversación para ir al lado de su señora (que encontrándose sola hacia como si fuera leyendo la música que el artista tocaba en el arpa). Sir Barnet fué siguiéndole con la vista, muy persuadido de que se trataba de un economista notable. Al momento se dirigió al doctor Blimber, rogándole que si no era indiscreto le dijera quién era aquel señor y añadiendo que sin duda, ya lo veía, se trataba de algún exministro de Comercio. El doctor Blimber contestó que no; que no era un exministro, sino un profesor de...

— De estadística, ó de alguna de sus ramas, ¿ no es cierto? — interrumpió sir Barnet.

— No; no lo creo; — repuso el doctor Blimber, rasándose la barba. — No es precisamente eso.

— Pues de algo semejante; apostaría á que estoy en lo cierto.

— Sí; algo de exacto hay en su profesorado... — balbuceó el doctor.

— ¿ Ve usted? No podía faltar; — exclamó sir Barnet.

— Pero; — añadió su interlocutor, — el señor Baps, excelente persona, por lo demás, es sencillamente el maestro de baile...

Pablo se quedó atónito al ver cómo la opinión de sir Barnet acerca del señor Baps cambió de repente al oír aquellas palabras, y de qué manera se apartó, lanzando furibundas miradas al misero maestro. Sir Barnet refirió á su señora lo que le acababa de suceder, incomodadísimo, diciendo que no había visto en su vida descaro semejante.

Otra cosa observó también Pablo; y es que Feeder, después de beber varios vasos de *negus* (vino con canela y especias), empezaba á animarse. El baile era ceremonioso y solemne la música. Pero después de los vasitos de Feeder, éste dijo á Toots que era preciso dar un poco más de animación á la sala; en seguida se puso á bailar, como si se tratara sólo de esto, pero recomendando al músico que tocara piezas animadas. Luego se hizo Feeder muy galante con las señoras, y bailando con miss Blimber le dijo en voz baja, muy baja, pero no tanto que dejara de oírlo Pablo, dos versos :

Aunque mi corazón fuera inconstante,  
Para usted será fiel.

Y lo bueno es que Feeder repitió la misma cosa á cuatro señoritas, una tras otra. Con razón Pablo, que lo había oído, dijo á Toots que Feeder podría tener que arrepentirse de aquello al día siguiente.

No dejó de alarmarse algo mistress Blimber de aquel proceder del joven Feeder, que hasta cierto punto frisaba en la verdadera inconveniencia social; pero lo que más le sorprendía era el cambio en el carácter de la música, aquellos aires populares que podían lastimar la delicadeza de Lady Skettles. Pero esta señora se apresuró á tranquilizar á la dueña de la

casa, diciéndola que no se preocupase por una nimiedad semejante. Además, escuchó con la mayor benevolencia las explicaciones de mistres Blimber respecto al proceder de Feeder, y llevó su complacencia hasta el punto de manifestar que aquel joven tenía aspecto de persona muy fina y un modo particular de peinado, muy elegante, que como ya hemos dicho consistía en llevar el pelo de punta y de una pulgada de largo.

En el intervalo de una á otra pieza de baile preguntó lady Skettles á Pablo si le gustaba mucho la música. Contestó Pablo que sí, y que si á ella también le gustaba era necesario que oyese cantar á Florencia. Lady Skettles manifestó al momento su deseo de escuchar á la hermana de Pablo, y suplicó á Florencia que tuviera la amabilidad de cantar algo; Florencia, sin embargo, asustada ante la idea de cantar delante de tanta gente, se disculpó de todas las maneras. Pero su hermano Pablo la dijo: «Flora: haz el favor, por mí». Entonces Florencia fué sin vacilar al piano y se preparó para cantar. Todos dejaron sitio para que su hermano pudiese verla. Cuando la contempló allí sola, tan joven, tan buena, tan linda tan cariñosa para él, cuando escuchó su cadenciosa voz, tan dulce y natural, y advirtió los pensamientos de felicidad y de amor que surgían en medio del silencio, volvió la cabeza para disimular sus lágrimas. Y cuando le dijeron que tal vez le emocionaba demasiado la música, que quizás le hacía daño, contestó que no; que no era más sino que le gustaba mucho.

Todos querían á Florencia, todos la habían tomado cariño. Ya supuso bien Pablo que en cuanto la conocieran la querrían. En el rincón del sofá, entre los almohadones, cruzadas las manos tranquilamente,

doblada con descuido una pierna y sentado sobre ella, no era posible comprender la felicidad, el júbilo que inundaba su corazón, el sereno placer con que estaba contemplando á su hermana. «Es la hermana de Dombey», se decían unos á otros los compañeros de colegio con admiración y con acento de encomio. Pablo oía esto y los elogios que la sencillez y la belleza de Florencia merecían, sin omitir los que merecía su inteligencia y sus amables cualidades; de modo que se sentía como rodeado juntamente con su hermana de una atmósfera de cariño, cuya suavidad le conmovía.

No sabía por qué, pero todo lo que veía, todo lo que observaba y sentía aquella noche, de lo pasado y lo presente, todo se confundía y mezclaba, como los colores del arco iris, como el plumaje de las aves bañado en los rayos del sol, como las nubes en el horizonte tachonadas de mil matices á la caída de la tarde. Todo cuanto en tiempos pasados había ocupado su mente lo veía desfilar ahora entre la música, no para pedirle atención, para ocupar un lugar en su espíritu al momento ó más tarde, sino con la apacibilidad de lo definitivamente concluido. Por la solitaria ventana de su cuarto, durante largos tiempos había mirado complacido el mar, perdido allá á lo lejos; y siempre que miraba sus olas, se adormían en su mente las ideas, serenas como mecidas por el agua. Este mismo murmullo, este eco misterioso del mar, resonaba sigilosamente para Pablo en la voz de su hermana, lo hallaba en las notas del canto, en el arrastre de los pies; lo advertía en los rostros que se ofrecían á su vista y lo notaba en el embarazoso ademán de Toots, que á cada instante se acercaba á estrecharle la mano. Aquel murmullo le sonaba al oído,

cuando alguno le hablaba con delicadas atenciones; hasta le parecía que aquella fama de raro, aviejadito, tenía estrecha relación con el murmullo. De esta manera, estaba Pablo allí, sentado, escuchando, mirando y sintiéndose verdaderamente feliz.

Así estuvo hasta el momento de marcharse: aquel momento causó profunda sensación en los reunidos. Sir Barnet Skettles condujo á su hijo para que estrechara la mano de Pablo, y recordó á éste que no olvidara presentar sus respetos á papá, diciéndole que Sir Barnet Skettles tendría mucho gusto en que su hijo se hiciera amigo de Pablo Dombey. Lady Skettles abrazó cariñosamente á Pablo, le besó en la frente, apartando con la mano el cabello que caía sobre ella. La señora de Baps — la pobre señora, Pablo se lo agradeció mucho — se apartó del cuaderno de música, del atril del copista, y se acercó á Pablo para despedirle con tanto afecto como todos.

— Adiós, doctor Blimber; — dijo Pablo estrechando sus manos.

— Adiós, querido amiguito; — le contestó el doctor.

— Le estoy muy agradecido — añadió Pablo mirando con timidez al doctor; — le ruego cuiden bien de Diógenes.

Diógenes era el perro; un perro que no había querido nunca más amistades que la de Pablo. Prometió el doctor que cuidarían mucho de Diógenes. Le repitió Pablo las gracias, cambió con él nuevo apretón de manos y se despidió de mistress Blimber y de Cornelia de una manera tan cordial, que mistress Blimber cambió por completo de ideas y no volvió á acordarse de Cicerón, de quien había pensado hablar á Lady Skettles. En cuanto á Cornelia, apretó las dos manos de Pablo diciéndole: « ¡Dombey, Dombey:

siempre ha sido usted mi discípulo predilecto. Dios le proteja! » Y esto hizo pensar á Pablo que es muy fácil ser injusto en la apreciación de una persona, pues ciertamente Cornelia le decía aquello con sinceridad, y sin embargo, no le había sido muy suave.

Los discípulos se decían: « ¡Dombey se va, Dombey se va! » Y con esto hubo un movimiento general para acompañar á Pablo y á Florencia hasta la puerta de la calle; la familia Blimber entera tomó parte en este movimiento. Feeder manifestó en voz alta que nunca había sucedido cosa igual, que no tenía noticias de que hubiera sucedido jamás en aquella casa, para despedir á un alumno. Verdad es que por razón de los vasitos de *negus* podía hacerse sospechoso su aserto. Los criados, con el mozo de comedor á la cabeza, se interesaban en la despedida de Pablo; el muchacho, corto de vista, que iba pasando al coche los libros y paquetes, se hallaba emocionado.

Á pesar de la delicadeza de sentimientos que Florencia inspiraba á los condiscípulos de su hermano — todos estaban ya chiflados por ella, — no pudieron menos estos chicos de despedir á Pablo con algazara y ruido: agitaban el sombrero gritando: « ¡Eh! Pablo; no te olvides de mí, ¿eh? » Bajaban corriendo por la escalera para darle la mano, se entregaban á demostraciones de ternura nunca vistas entre nobles caballeritos. Y Pablo, antes que abrieran la puerta, dijo cariñosamente á su hermana: « ¿Qué te parece? Ya ves, ya ves como me quieren. No se te olvidará, ¿verdad? ¿Te gusta ver cómo me quieren? » Y diciendo esto brillaban sus ojos de contento.

Por última vez se volvió para saludar á todos los que estaban mirándole, á tanta gente, apiñada como en un teatro, que se movía delante de él como si fu e

sen imágenes reflejadas en un espejo y éste oscilara suavemente. Un instante después Pablo se encontró en el carruaje, sentado al lado de su hermana. Desde aquel momento le quedó grabada en su mente la casa del doctor Blimber tal como acababa de verla: siempre que se acordó de ella se le representó en su memoria de aquel modo. Pero ya no volvió á ser una realidad, sino un pasado, un sueño en el que le miraban muchos ojos.

Sin embargo, aún no había echado á andar el coche; aún quedaba algo para Pablo en casa del doctor. Quedaba Toots. De pronto se abrió la portezuela y apareció Toots preguntando entre risas alegres: «¿Dónde está Dombey?» Y sin esperar la contestación volvió á cerrar la portezuela. Pero aún no había concluido Toots: antes de que hubiera echado á andar el caballo, abrióse la otra portezuela y surgió Toots con su alegre pregunta: «¿Dónde está Dombey?» Y desapareció como antes.

¡Cómo se reía Florencia! No se le olvidó á Pablo: cada vez que se acordaba de esto, más tarde, también se reía.

Muchas cosas pasaron al siguiente día y más tarde; muchas cosas de las cuales no podía acordarse Pablo sino confusamente: que permanecieron en casa de mistress Pipchin dos días y dos noches, en vez de ir derechamente á su casa; que había permanecido en cama y á su lado Florencia; que su padre había entrado en el cuarto, á menos de que no hubiera sido una sombra lo que vió destacándose de la pared; que el médico, dirigiéndose á alguien, había dicho: «Si le hubieran contrariado ustedes lo más mínimo, sacándole de allí antes de haber tenido esta satisfacción, es muy posible que ya se hubiera muerto».

No tenía seguridad de haber dicho á Florencia: «¡Oh, Flora: llévame pronto á casa y no me dejes nunca!» Pero sí; si se acordaba de haber dicho esto. Algunas veces se había oído á sí mismo exclamar: «¡Llévame á casa, Flora, llévame!»

Se acordaba de que, efectivamente, habían llegado á casa de su padre, después de rodar en un coche durante horas seguidas, echado en la banqueta del fondo, y su hermana y mistress Pipchin sentadas frente á él en la otra banqueta. Acordábase de la escalera, tan conocida, por donde le habían subido; sabía que le acostaron en su antigua cama, que había visto á su tía, á miss Tox, á Susana; se acordaba también de otra cosa, de una cosa enteramente nueva, que le tenía perplejo.

— Quisiera hablar con Florencia; — dijo; — con Florencia sola, un momento.

Todos se separaron de la cama, y Florencia se inclinó hacia él.

— Dime, Flora: ¿no estaba papá en el portal cuando me han bajado del coche?

— Sí.

— Y cuando me ha visto, ¿no se ha echado á llorar y se ha retirado á su cuarto?

Florencia movió la cabeza como si dijera que no y besó cariñosamente á su hermano.

— Me alegro de que no sea verdad; — añadió Pablo. — Me había parecido. Pero no digas á nadie lo que te he preguntado.